

BIBLIOTECA EMECÉ

PLATÓN

**LA
REPÚBLICA**



Emecé Editores S.A. B. Aires

BIBLIOTECA EMECÉ
DE OBRAS UNIVERSALES

Hay mucho que saber, es poco el vivir, y no
se vive si no se sabe. Hombre sin noticias,
mundo a oscuras.

GRACIÁN

Esta biblioteca, que comprenderá las más grandes obras de la cultura universal en sus diversos órdenes, se halla dividida en las secciones siguientes:

- I
BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS
EPISTOLARIOS Y ORATORIA
- II
CIENCIAS
- III
POESÍA Y TEATRO
- IV
ENSAYO Y CRÍTICA
- V
FICCION (NOVELA Y CUENTO)
- VI
FILOSOFÍA Y RELIGIÓN
- VII
CLÁSICOS CASTELLANOS
- VIII
CLÁSICOS GRIEGOS Y LATINOS
- IX
VIAJES Y EXPLORACIÓN
- X
HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
- XI
REFERENCIA Y VARIOS

EMECÉ EDITORES, S. A.
SAN MARTÍN 427 - BUENOS AIRES

BIBLIOTECA EMECÉ
DE OBRAS UNIVERSALES

SECCIÓN VIII
CLÁSICOS GRIEGOS
Y LATINOS

LA REPÚBLICA
POR PLATON

PLATÓN

Nació en Atenas o Egina (Grecia) el año
427-428 antes de J. C.

Murió en Atenas el año 347-348 a. de J. C.

PLATÓN

LA REPÚBLICA



EMECÉ EDITORES, S.A.
BUENOS AIRES

LIBRO SÉPTIMO

514 SÓC. Representate ahora el estado de nuestra naturaleza, en orden a la ciencia e ignorancia, bajo la pintura alegórica que voy a hacer. Imagínate una cueva subterránea que tenga en toda su longitud una claraboya, por la cual se introduzca libremente la luz; y en esta cueva, hombres aprisionados desde su infancia, de suerte que por las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, ni puedan mudar de sitio, ni volver la cabeza a uno y otro lado, sino únicamente ver los objetos que tienen puestos al frente. Detrás de ellos, a cierta distancia y en cierta altura, haya una tea ardiendo, cuya luz ilumine la cueva, y entre esta tea y estos cautivos un camino escarpado. A lo largo de este camino, figúrate una pequeña tapia semejante a esos garitones que los titereros levantan entre ellos y sus espectadores, con el fin de ocultarles el juego y los resortes secretos de las maravillas que les enseñan.

GLAUC. Ya me imagino todo esto.

515 SÓC. Figúrate, además, hombres que pasen a lo largo de esta tapia, llevando muebles de toda especie, figuras varias de hombres y de animales fabricadas de leño o de piedra, de modo que todo esto sobresalga por cima de la pared. Y como es regular, entre los que los llevan, los unos anden hablando y los otros vayan callados.

GLAUC. ¡Pintura por cierto singular y prisioneros de especie muy extraña!

SÓC. Ellos se nos parecen en un todo. Desde luego, ¿crees tú que ellos verán otra cosa de sí mismos y de

los que tienen a su lado, salvo las sombras, que por disposición de la luz van a pintarse frente por frente de ellos en la parte opuesta de la cueva?

GLAUC. ¿Qué podrían ver más, si desde su nacimiento están precisados a tener inmóvil la cabeza?

SÓC. ¿Verían tampoco otra cosa que las sombras de los objetos que pasan por detrás de ellos?

GLAUC. Seguramente que no.

SÓC. Si se pudiesen hablar unos a otros, ¿no se con- vendrían mutuamente en dar a las sombras que ellos veían los nombres de las cosas mismas?

GLAUC. Sin disputa.

SÓC. Y si en el hondo de su prisión hubiese un eco que repitiese las palabras de los pasajeros, ¿pensarían ellos acaso que estos sonidos los articulaban otros que las sombras que pasaban por delante de sus ojos?

GLAUC. En verdad que no.

SÓC. De consiguiente, ellos creerían que no había otra cosa real y verdadera que las sombras de toda esta especie de muebles.

GLAUC. Es como preciso.

SÓC. Considera ahora lo que naturalmente debía sucederles cuando quedasen libres de sus prisiones y se les curase de su ignorancia. Desátese uno de estos cautivos y obliguesele a levantarse de repente, a volver la cabeza y a mirar fijamente la luz de la hoguera: no podría hacer todo esto sino con grandísima pena; la luz le ofendería la vista, y el deslumbramiento que ella le cause le impediría discernir los objetos cuyas sombras veía antes. ¿Qué crees tú que respondería al que le dijese que hasta entonces no había visto sino fantasmas; que al presente, estando más próximo, y teniendo a la vista objetos más reales y más verdaderos, vería con más perfección? Y si mostrándole en seguida con el dedo las cosas a medida que se presentaban, y a fuerza de preguntas le obligase a decir lo que era cada una, ¿no crees que le pondría en gran confusión,

y se persuadiría que lo que veía antes era más real y verdadero que lo que entonces se le enseñaba?

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Pues si se le precisase a mirar la hoguera de que ya he hablado, ¿no se sentiría de los ojos y huiría la vista, volviéndola hacia esas sombras sobre las cuales la fijaba sin trabajo, y pensaría que tenían ellas algo más de claro y distinto que cuanto entonces se le presentaba?

GLAUC. Es así.

SÓC. Y si alguno le sacase de allí con violencia por una áspera y penosa subida, sin dejarle resollar, ni mirar nada hasta tanto que pudiese ver la luz del sol, ¿qué tormento para el ser arrastrado de este modo! ¿Cómo se enfurecería! Y cuando llegase al fuerte de la claridad, deslumbrados sus ojos con el resplandor, ¿podría acaso ver cosa alguna de las que el común de los hombres tiene por seres reales?

GLAUC. Al pronto nada podría ver.

SÓC. Sin duda que necesitaría tiempo para acostumbrarse a mirar las cosas de acá arriba. Lo que con más facilidad discerniría serían en primer lugar las sombras; tras esto las imágenes de los hombres y de los otros objetos pintadas en las aguas, y, por último, los objetos mismos. De allí levantaría sus miradas hacia el cielo, cuyo aspecto toleraría más fácilmente de noche al resplandor de la luna y de las estrellas, que en lo fuerte del día a la luz del sol.

GLAUC. No tiene la menor duda.

SÓC. A la postre, creo que se hallaría en estado no solamente de ver la imagen del sol, ya en las aguas, ya en otra parte fuera de su asiento, sino también de fijarse en él, y contemplarle cual es en sí mismo en su propio lugar.

GLAUC. Es indefectible.

SÓC. Reflexionando después sobre la naturaleza de este astro, comprendería que él es el que dispone las estaciones y el curso de los años, el que lo gobierna

todo en el mundo visible, y que es en cierto modo la causa de todo cuanto vemos.

GLAUC. Es evidente que llegaría por aquellos grados a hacer estas reflexiones.

SÓC. Acordándose entonces de su primera morada, de la idea que allí se tiene de la sabiduría, y de sus compañeros de esclavitud, ¿no crees que se daría a sí mismo el parabién de su mudanza y que se compadecería de la infelicidad de los otros?

GLAUC. Y con grandes encarecimientos.

SÓC. ¿Piensas tú por ventura que apeteciese aún las honras, las alabanzas y los premios, si algunos se daban allí al que con más prontitud discernía las sombras al pasar, y se acordaba con más puntualidad cuáles iban delante, cuáles detrás y cuáles juntamente, y que de estas cosas que veía era el más hábil en conjeturar lo porvenir, o que tuviese envidia de la condición de aquellos que en esta prisión eran los más poderosos y los más honrados? ¿No preferiría él, y aún apetecería, como Aquiles en Homero, "ser un labriego y hasta jornalero, pasar su vida sirviendo de un labriego", y sufrirlo todo antes que pensar como ellos y vivir a su manera?

GLAUC. No dudo que estuviese dispuesto a sufrirlo todo antes que vivir de aquella manera.

SÓC. Pon aún atención a esto. Si volviese de nuevo a su prisión para ocupar otra vez su antiguo puesto, en este repentino tránsito del sol de mediodía a la oscuridad, ¿no se encontraría sumergida la vista en las más espesas tinieblas?

GLAUC. Verdaderamente que sí.

SÓC. Y si cuando él aún no distingue nada por no tener bien reparados los ojos, lo que no podría verificarse sino pasado algún tiempo, tuviese que disputar con los otros prisioneros sobre la naturaleza de estas sombras, ¿no les daría motivo de reír, y que dijese de él que pasando a la región superior había perdido la vista, añadiendo que sería una locura en ellos que-

rer salir del lugar en donde estaban, y que si a alguno le viniese al pensamiento de quererles desatar y subirles arriba, era menester prenderle y quitarle la vida?

GLAUC. Por cierto no dejarían de matarle.

SÓC. Pues ahora, mi amado Glaucón, aplica esta misma imagen toda entera a lo que se dejó dicho antes. La cueva o cárcel subterránea es este mundo visible; la hoguera que la alumbra es la luz del sol; el tránsito a una región superior y a la contemplación de los objetos que allí existen es la elevación del alma hasta el espacio inteligible. Por lo menos éste es mi pensamiento, puesto que tú deseas saberle, siguiendo el cual espero no te engañarás, aunque Dios sabe si él es verdadero. Por lo que hace a mí, la cosa me parece como voy a decirte. En el lugar más elevado del mundo intelectual está la idea del bien, que no se descubre sino con gran pena y esfuerzo, pero que no puede conocerse sin concluir que ella es la causa primera de todo lo que hay de bueno y hermoso en el universo, habiendo producido la luz en este mundo visible y el astro que allí domina; y en el mundo ideal, habiendo engendrado ella misma la verdad y la inteligencia, siendo como la reina y señora; y de consiguiente, que es indispensable la conozca todo aquel que quiere conducirse con juicio en la administración de los negocios, así públicos como particulares.

GLAUC. Soy del mismo parecer en cuanto puedo alcanzar de tu pensamiento.

SÓC. Sélo aún también en esto: que no te debes admirar que los que llegaron a esta sublime contemplación se desdeñen de entender en negocios humanos, y que sus almas aspiren sin cesar a fijar su morada en este lugar elevado. Ello debe ser así, si corresponde a la pintura alegórica que poco antes he trazado.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Pues qué, ¿piensas aún que es de extrañar que pasando un hombre de esta contemplación divina a la de los miserables objetos que nos rodean, se encuentre

embarazado para obrar, y parezca muy digno de risa, mientras que subsiste como sumergido en una noche profunda, y que antes que pueda familiarizarse con las tinieblas que le rodean se le obligue a disputar en los tribunales o en otra parte sobre las sombras o los fantasmas de estas sombras de justicia, y a explicar el modo con que las concibe ante unas personas que jamás han visto la justicia misma?

GLAUC. No hallo en esto nada de extraño.

518

SÓC. Un hombre sensato haría la reflexión que la vista puede perturbarse de dos modos y por dos causas opuestas: por pasar de la luz a la oscuridad, o de la oscuridad a la luz; y aplicando a los ojos del alma lo que sucede a los del cuerpo, cuando la viese turbada y embarazada para discernir ciertos objetos, en lugar de reírse sin motivo de su perturbación, examinaría si acaso le proviene de que pasa ella de un estado más luminoso a las tinieblas de la ignorancia, o si pasando de la ignorancia a una luz más pura, se ha confundido por su excesivo resplandor. En este segundo caso la felicitaría de su feliz mudanza y dichosa vida: en el primero se compadecería de su suerte, y si quisiera reírse a costa de aquélla, sus burlas serían menos ridículas que si recayesen sobre el alma que viene del lugar sublime donde habita la luz verdadera.

GLAUC. Hablas con mucha cordura.

SÓC. Mas si todo esto es verdad, no debemos nosotros pensar que la ciencia se aprenda del modo con que ciertas gentes prometen enseñarla. Ellos se precian de poderla infundir en el alma donde no existe, casi lo mismo que se comunicaría la vista a los ojos ciegos.

GLAUC. Es cierto que lo dicen.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 30 DE
NOVIEMBRE DE 1945, EN
LOS TALLERES GRÁFICOS
DIDOT S. R. L., CALLE
RONDEAU 3068, B. AIRES.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723.
Copyright by EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1945.



